

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

“La Patria Grande” en las representaciones de la “izquierda nacional”.

María Elena García Moral.

Cita:

María Elena García Moral (2011). *“La Patria Grande” en las representaciones de la “izquierda nacional”*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/234>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

IX Jornadas de Sociología de la UBA
Capitalismo del Siglo XXI, Crisis y Reconfiguraciones
Luces y Sombras en América Latina
8-12 agosto 2011

“LA PATRIA GRANDE” EN LAS REPRESENTACIONES DE LA “IZQUIERDA NACIONAL”

María Elena García Moral

Ayudante de Primera, Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires. Doctoranda en Historia, Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires.

maegm@yahoo.com.ar

Palabras clave: Latinoamérica – historiografía – izquierda – nacionalismo -unidad

El objetivo de la presente ponencia es analizar las representaciones que sobre América Latina se elaboraron desde la llamada “izquierda nacional”, entendida como un espacio político-ideológico colectivo y complejo. Existe cierto consenso a la hora de señalar que sus cultores, provenientes principalmente del trotskismo y del comunismo y en menor medida del socialismo y del radicalismo, hicieron de la producción historiográfica su mayor contribución intelectual a la cultura política argentina.

Desde sus orígenes a mediados de la década de 1940 –signados por la emergente experiencia peronista-, sus visiones sobre el pasado argentino se vieron frecuentemente acompañadas de una formulación latinoamericanista. De hecho, Jorge Abelardo Ramos, uno de los principales exponentes de aquel espacio, publicó en 1949 *América Latina: un país. Su historia, su economía, su revolución*, una de sus obras más emblemáticas y de amplia repercusión regional –aunque fuera confiscada por la Comisión parlamentaria que presidían los diputados peronistas José Emilio Visca y Rodolfo Decker-, donde concebía a América Latina como un todo nacional balcanizado e inconcluso.

Si bien el planteo de la unidad latinoamericana remitía a una larga tradición que había tenido sus inicios en el siglo XIX, la labor de Manuel Ugarte fue principalmente designada como precursora de la tradición político-intelectual que estaban intentando construir y difundir. En cualquier caso, a lo largo de la ponencia daremos cuenta de las interpretaciones sobre la cuestión latinoamericana que elaboraron y suscribieron –no sin tensiones- los principales referentes de la izquierda nacional durante los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo pasado.

UN ESPACIO COMPLEJO

La irrupción del peronismo hacia mediados de la década de 1940 y su posterior derrocamiento diez años más tarde implicaron un punto de inflexión en la

política argentina en general y en las izquierdas en particular, por el ascendiente obrero del fenómeno. En ese marco tuvo lugar la emergencia de una serie de empresas político-culturales frente a las cuales no hay consenso acerca de su denominación. Como nos interesan en especial aquellas formaciones en las cuales convergieron las izquierdas y el nacionalismo, se puede decir que la expresión más usada por propios y ajenos fue y aún es la de “izquierda nacional”.¹

La izquierda nacional se define tanto por su posicionamiento de apoyo –más o menos- crítico al peronismo, como por su recusación a la izquierda tradicional por su carácter antinacional. Para ello contaban con prescripciones tanto leninistas como trotskistas que haciendo hincapié en el carácter semicolonial de país y/o en su sometimiento al imperialismo avalaban la alianza con otras fuerzas nacional-populares, entre ellas ciertas burguesías, en su lucha contra las fuerzas oligárquicas aliadas al imperialismo. No menor es la trascendencia de la discusión sobre su integración en la cual se suele advertir la confluencia de grupos provenientes del trotskismo y del comunismo y, en menor medida, del socialismo, del radicalismo –yrigoyenista, forjista e incluso frondicista- y/o del peronismo. Generalmente estas agrupaciones se organizaron en torno a publicaciones periódicas y solamente en algunos casos alcanzaron una organización partidaria. Nos referimos a los grupos trotskistas nucleados en torno a publicaciones como *Frente Obrero* (segunda época) y *Octubre*,² así como al Movimiento Obrero Comunista (MOC) y su periódico *Clase Obrera* (por el Frente Nacional Antiimperialista).

Si bien la dispersión y la rivalidad no dejaron de caracterizar a los grupos trotskistas, a comienzos de los años cuarenta tuvo lugar un proceso frustráneo de unificación bajo la tutela del norteamericano Terence Phelan, seudónimo de Sherry Mangan, delegado del Comité Ejecutivo de la Cuarta Internacional, que dio lugar al Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), cuyo órgano de expresión fue *Frente Obrero*. Tras el golpe de estado de 1943, el PORS se disolvió, pero el núcleo conformado por el abogado santafecino Aurelio Narvaja, los hermanos Adolfo y Ángel Perelman, Enrique Rivera, Carlos Etkin y Hugo Sylvester no sólo decidió continuar con la publicación del periódico, sino que profundizó los contactos con el mundo obrero a través del mismo -hasta llegar incluso a participar en la fundación de la Unión Obrera Metalúrgica-, dejando a un lado el característico aislamiento con respecto a los trabajadores de los grupos trotskistas. A pesar de cierta desconfianza inicial con respecto a la política obrera del entonces Coronel Perón, se manifestaron no sólo proclives a un socialismo latinoamericanista, sino que reivindicaron la movilización del 17 de octubre de 1945 y al peronismo como expresión popular y nacional.

Ante la emergencia del peronismo, Jorge Abelardo Ramos acompañado por Niceto Andrés consolidó sus facetas periodística y de editor con el lanzamiento de la revista *Octubre* y el sello editorial del mismo nombre. Precisamente, en las páginas de *Octubre* es posible observar su tránsito de una posición distanciada y crítica frente a los sucesos de octubre de 1945, a la reivindicación del peronismo y la propuesta de apoyo crítico sustentada un año después,³ que ha sido atribuido al influjo de las posiciones del grupo de *Frente Obrero* –que,

de hecho, colaboró en los números siguientes de la revista hasta que sobrevino un nuevo distanciamiento-.

Entre los militantes expulsados tras el XI Congreso del Partido Comunista de 1946 se destacaron dos núcleos, uno obrero, conformado por ferroviarios de Constitución que comenzaron a publicar el periódico *Clase Obrera* y, el otro, compuesto por intelectuales, escritores y periodistas, liderados por Rodolfo Puiggrós, secundado por Eduardo Astesano. Ambos grupos finalmente confluyeron en el Movimiento Pro Congreso Extraordinario del Partido Comunista, que denunciaba la desviación “pequeño-burguesa” de la dirigencia partidaria a la que buscaba desplazar, y que en 1949, alejado de aquellas aspiraciones, pasó a denominarse MOC. Desde las páginas de *Clase Obrera* – aunque también en el periódico de la izquierda filoperonista *Argentina de Hoy* del Instituto de Estudios Económicos y Sociales, dirigido por el socialista disidente Juan Unamuno- se pueden observar los cambios y las continuidades en las perspectivas históricas de Puiggrós y Astesano, cuyas identidades político-ideológicas se encontraban en tránsito, así como su apoyo crítico al peronismo y, sobre todo, su oposición a la tradición política comunista oficial, aunque sin cuestionar el estalinismo.

El Instituto dirigido por Unamuno funcionó como un espacio de encuentro entre la izquierda y el peronismo. No fue por cierto el único espacio de convergencia. En tal sentido, cabe recordar al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), en 1953. El nuevo partido contó con el aval de Perón e inclusive participó en las elecciones de 1954. Luego del derrocamiento de Perón, se opuso al gobierno militar y publicó el semanario *Lucha Obrera*, hasta que finalmente fue decretada su disolución. Al parecer, el PSRN fue un espacio donde confluyeron principalmente antiguos socialistas y trotskistas. Sin embargo, las divergencias entre las distintas fracciones encontraron vías alternativas de expresión a través de publicaciones como *La Verdad*, bajo la impronta de Nahuel Moreno, y *Frente Obrero* (Órgano del Centro Social de la Capital del PSRN), dirigida por Esteban Rey.

A comienzos de los años sesenta, la crisis del frondicismo y la política pendular de Perón favorecieron la difusión de las ideas de la corriente y la creación de espacios propios -a través fundamentalmente de libros y publicaciones periódicas como *El Popular* y *Política*-, aunque también empezaron a manifestarse las principales diferencias y algunas rupturas. Mientras algunos exponentes abogaban por una organización partidaria independiente, que un sector finalmente concretó en 1962, bajo la égida de Ramos, con la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) y sus órganos *Izquierda Nacional* y *Lucha Obrera*; el ex yrigoyenista Juan José Hernández Arregui defendía una ubicación necesariamente intraperonista para la izquierda nacional. A lo sumo, propició la creación de centros “ideológicos”, no partidarios, que en parte encarnó la experiencia –por cierto, efímera- de CONDOR (Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria) en 1964. En cualquier caso, en 1971 el PSIN dio lugar a la formación del Frente de Izquierda Popular (FIP), que posteriormente se expresó a través del periódico *Izquierda Popular*.

Más allá de las experiencias político-culturales mencionadas, entre otras, así como de sus publicaciones periódicas, la difusión de las ideas de la izquierda nacional tuvo también a las empresas editoriales como su epicentro.⁴ En tal sentido, cabe recordar a Indoamérica, una editorial controlada por el grupo de *Frente Obrero*,⁵ las editoriales fundadas y/o animadas por Ramos como Octubre, Amerindia,⁶ la popular Coyoacán,⁷ Ediciones de la Izquierda Nacional, Pampa y Cielo, Rancagua y Mar Dulce, así como la editorial del recordado Arturo Peña Lillo.⁸ Ciertamente, el nombre de Coyoacán remite al barrio del Distrito Federal, en México, donde León Trostky fue asesinado por un agente estalinista. Tampoco dejaba dudas sobre sus intenciones esa especie de presentación presente en todos los volúmenes de la colección y en la que se resaltaba el enfoque latinoamericano y antiimperialista a la hora de “reelaborar una visión totalizadora del pasado y del presente, en el orden de la economía, de la historia, de la política y de la cultura, para que América Latina readquiriera su conciencia perdida”. De hecho, en la colección se pueden encontrar no sólo autores locales y europeos, sino también latinoamericanos, como los brasileños Claudio de Araujo Lima y Helio Jaguaribe, el boliviano Carlos Montenegro y, sobre todo, los autores uruguayos Alberto Methol Ferré, Vivian Trías, Roberto Ares Pons y Luis Alberto de Herrera. Si evidentemente sus trabajos trasuntaban la perspectiva antiimperialista y de unidad latinoamericana reivindicada por el editor, también servían de muestras de las expresiones nacionalistas, y en algunos casos de izquierda o bajo algún influjo marxista, de sus respectivos países. En cualquier caso, también la crítica tanto político-cultural como historiográfica gravitó en los trabajos aludidos. Al parecer, se entendía que los textos recopilados contribuían tanto a la construcción de una tradición político-ideológica como de un nuevo enfoque de la historia nacional y regional, y que constituían un sistema de referencias. En lo referente a sus ambiciones historiográficas, se puede decir que objetaron por igual las versiones del liberalismo y del revisionismo y que se dispusieron a examinar, con diversos grados de constancia, fidelidad y alcance, la historia con “método marxista”, buscando iluminar, en algunos casos, ciertos aspectos descuidados como los económicos. Sin contradecir la presentación anteriormente aludida donde se afirmaba que Coyoacán se proponía “recoger, sin ninguna clase de limitaciones de partido o facción, las mejores contribuciones a esa tarea [en referencia a la adquisición de la conciencia perdida], la cual significa, en el orden de las ideas, satisfacer los mismos propósitos buscados en el siglo pasado por San Martín y Bolívar por medio de las armas”, es claro que los textos seleccionados respondían a ciertas coordenadas políticas, ideológicas e historiográficas, que iban más allá de las simpatías políticas de sus autores. En suma, no obstante ciertas diferencias y rivalidades, es posible afirmar las semejanzas en cuanto a los autores, temas y enfoques adoptados por las editoriales aludidas y, en consecuencia, su capital importancia para la circulación de ideas y la formación de círculos de sociabilidad intelectual.

EL IMAGINARIO EN TORNO A LATINOAMÉRICA

A la hora de interrogarnos acerca de las imágenes y/o representaciones que sobre América Latina se esgrimieron desde la “izquierda nacional”,⁹ resulta ineludible pensar en aquél libro pionero de Jorge Abelardo Ramos, *América Latina, un país*, de 1949, donde consideraba a Latinoamérica como una nación

inconclusa, cuya unidad remitía a la cultura –territorio, idioma, psicología, religión-.¹⁰ En realidad, sólo los primeros seis capítulos hacen referencia y/o historian sobre Latinoamérica, mientras que los restantes siete se limitan al caso argentino. En cualquier caso, referenciándose principalmente en Vladimir Lenin y León Trotsky, Ramos sostenía no sólo la necesaria unidad del subcontinente bajo la bandera del socialismo, sino el carácter colonial de la unidad nacional –no precolombino- desvirtuada por la política de fragmentación inducida por el colonialismo con posteridad a las guerras de independencia. Allí asomaban también sus críticas a la conquista y colonización española de América por habernos insuflado su atraso, así como su idea de que el ideal bolivariano de la unificación nacional de Latinoamérica sería retomado por la burguesía industrial y, ante sus limitaciones y las frustraciones generadas, por los obreros y los campesinos. No faltaban tampoco una valoración negativa del indígena, ni la idea de que no pudo constituirse en nación moderna debido a los obstáculos económicos impuestos por la ingerencia primero española y luego europea.¹¹

Con el sello de Coyoacán y bajo el título de *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, Ramos reeditó a comienzos de los años sesenta –prácticamente sin cambios- su estudio preliminar al libro de Ugarte, *El porvenir de América* (1953). Su objetivo no era sólo la reivindicación de Ugarte, a quien calificaba de “maestro”, ni tampoco la homologación de los avatares de su trayectoria con los del pensamiento nacional y/o con los de los orígenes del socialismo argentino y latinoamericano en oposición al socialismo oficial. Al parecer, la operación genealógica de Ramos –que entonces se autodefinía como un socialista revolucionario- consistía en establecer una filiación con la tradición de un “nacionalismo democrático revolucionario” que encarnaría Ugarte, presentado como arquetipo de la lucha contra el imperialismo y como precursor de la unidad latinoamericana.¹²

Pese a lo prometedor del título y a las indicaciones de Ramos sobre la necesidad de un conocimiento de la realidad económica y social del subcontinente, tampoco es posible encontrar una investigación original sobre América Latina en los dos tomos de su *Historia de la nación latinoamericana*. Antes bien, retomaba sus denuncias sobre los efectos adversos del proceso de balcanización, el programa bolivariano de unión continental y el de Trotsky sobre la necesidad de una confederación de los estados latinoamericanos, así como las reflexiones en torno a la cuestión nacional y el marxismo, no sin cuestionar al “stalinismo”. Su propósito explícito era la fusión de Bolívar con Marx, es decir, que la tarea de unidad del primero pasara a los discípulos del segundo, los socialistas revolucionarios. Con todo, sí revisten cierta originalidad sus consideraciones acerca de la revolución cubana. Si bien Ramos entendía que Cuba replanteaba con nuevas ideas la antigua tarea inconclusa y que sumada a la supuesta crisis del imperialismo permitiría a América Latina librar su batalla por un nuevo Ayacucho, refutaba la teoría guevarista del foco, asumida por Fidel Castro y teorizada por Regay Debray, convertido en su principal contendiente. Ramos no sólo impugnaba sus ideas sobre la guerra de guerrillas y la preeminencia de la lucha armada frente a la lucha política, sino también aquéllas que limitaban la unidad latinoamericana a la existencia de un

enemigo común. Para Ramos el fundamento de aquella unidad estaba en la incapacidad de sobrevivir por separado.¹³

En Ramos se observa tanto la eficacia de la consigna de la “patria grande” – pensada a la vez como realidad, proyecto y porvenir- aunque sin presentar un sustrato histórico original, como la relevancia de la propuesta de un marxismo latinoamericano, orientado al nacionalismo popular y antiimperialista y en oposición a las teorías y modelos eurocéntricos. En efecto, en sus dos compilaciones de trabajos sobre este último tema se advierte el alcance de su gravitación incluso en sus planteos en torno al papel del Ejército en los países semicoloniales y/o a la trágica situación de Bolivia luego del derrocamiento de Paz Estenssoro,¹⁴ así como en la menos sorprendente recuperación de Ugarte -una reproducción del trabajo ya mencionado-, de Lenin y Trotsky.¹⁵ Con todo, no dejaban de ser preeminentes sus inquietudes acerca de la historia argentina.¹⁶

Las diferencias entre Ramos y Rodolfo Puiggrós no se limitaron a un plano estratégico ni a su apreciación del comunismo local.¹⁷ También resultan evidentes en su concepción de la unidad latinoamericana. De hecho, Puiggrós discrepó con la identificación de una “nación latinoamericana”, a su entender nunca realizada en el pasado y sin ningún asidero económico.¹⁸ Durante su estancia en México entre 1961 y 1965, se dedicó a la docencia universitaria así como a la actividad periodística. En ocasión de un ciclo de conferencias dictado en la Universidad Nacional Autónoma de México, Puiggrós no sólo cuestionaba la propuesta de la integración latinoamericana en términos meramente económicos, como promovían los proyectos panamericanistas y desarrollistas a él contemporáneos, sino que distinguía entre esa integración formal, exterior, mecánica impuesta por el coloniaje para asegurar una mayor expoliación de las riquezas y de la fuerza de trabajo de los pueblos americanos, y una integración auténtica, interna, substantiva, a efectuarse desde adentro y desde abajo por sus propios pueblos. De alguna manera, para Puiggrós la integración más que un punto de llegada era un proceso en marcha y mediatizado, y a lo sumo pensaba el integracionismo como corolario de las transformaciones revolucionarias iniciadas en América Latina.¹⁹

Sus principales artículos periodísticos sobre la situación latinoamericana fueron compilados en dos volúmenes que permiten observar la importancia que tenían en su representación de América Latina tanto la gravitación del imperialismo, asociado a las oligarquías locales, como la impotencia de las izquierdas y la debilidad de los movimientos obreros respectivos. El primer tomo está dedicado íntegramente a Brasil y Bolivia –ante la caída de los regímenes populista de Joao Goulart y nacionalista del Movimiento Nacionalista Revolucionario respectivos. En el segundo, en cambio, pasaba revista a la situación de otros veintidós países latinoamericanos, donde se destacan sus señalamientos acerca de la violencia “guerrillera” en Colombia y Venezuela; los alcances y, sobre todo, los límites del reformismo chileno encarnado en la democracia cristiana de Eduardo Frei; el peso del factor militar en el Perú y/o la crisis uruguaya.²⁰

Ahora bien, más allá de las observaciones más o menos perspicaces del Puiggrós periodista sobre la realidad latinoamericana, fue su caracterización como precapitalista –feudal- de la formación social del subcontinente durante la colonia la que adquirió mayor popularidad. En la recordada polémica de mediados de los años sesenta con André Gunder Frank sobre el modo de producción dominante en la historia latinoamericana, Puiggrós persistía en la tesis feudal y sus corolarios políticos, esto es, la eventualidad de una “revolución democrático-burguesa” y una alianza con la burguesía nacional contra el imperialismo y la oligarquía, mientras que Frank sostenía el carácter tanto capitalista como dependiente de la economía latinoamericana, favoreciendo la lucha directa por el socialismo. Para Puiggrós, el sociólogo alemán confundía la economía mercantil con el capitalismo, calificando a su argumentación como “circulacionista”, en tanto carecía de un análisis de las formas de producción.²¹ Como es sabido, las proyecciones académicas y, sobre todo, políticas del debate fueron múltiples. Solamente quisiera recordar que los postulados de Puiggrós fueron defendidos y en parte retomados tanto por Ramos como por Ernesto Laclau. En líneas generales, Ramos cuestionaba el contenido político de la intervención de Frank como un intento de bloquear a los movimientos nacionales latinoamericanos, entre ellos al peronismo.²² Laclau, por su parte, intervino en el debate con el artículo “Feudalismo y capitalismo en América Latina” –que contó con algunas versiones preliminares-, donde mediante un análisis conceptual y enfocando en la categoría de modo de producción retomaba la crítica de las posiciones “circulacionistas”.²³ Hacia mediados de la década de 1960 Laclau era un joven profesor, que había colaborado estrechamente con el historiador José Luis Romero en sus emprendimientos académicos como las cátedras de Historia Social y Medieval y el Centro de Estudios de Historia Social, y que, en diciembre de 1963, se había incorporado como parte del Frente de Acción Universitaria (FAU) al PSIN, donde había pasado a integrar la Mesa Ejecutiva del partido y, al poco tiempo, a dirigir sus publicaciones.²⁴

Si bien a comienzos de la década de 1950 el abogado Eduardo Astesano se destacó por polemizar contra el primer libro de Jorge Abelardo Ramos, *América Latina, un país*, desde una concepción estaliniana de la nación que cuestionaba un soporte meramente cultural,²⁵ en su segunda mitad abandonó la lectura comunista para ensayar un acercamiento pleno –político, teórico e historiográfico- al “pensamiento nacional”. De modo similar a Ramos cuestionó el eurocentrismo del marxismo, pero terminó postulando un “nacionalismo histórico” y un revisionismo histórico a escala “universal” basado en la tesis de una suerte de socialismo originario, cuyo modelo sería el “Imperio socialista de los Incas”.²⁶ Buena parte de estos argumentos fueron retomados en *Historia socialista de América*, donde propugnaba por un revisionismo histórico americano y/o tercermundista y un enfoque socio-económico, así como defendía –en oposición a su antiguo compañero de militancia, Puiggrós- la tesis capitalista de la formación social americana inducida por el colonialismo y resistida por las montoneras.²⁷

A pesar de las diferencias ideológicas y estratégicas entre Ramos y Juan José Hernández Arregui,²⁸ en especial la defensa por parte de este último de la ubicación intraperonista para la izquierda nacional concebida como un

movimiento ideológico y no político, en lo que respecta a sus visiones de América Latina primaron los encuentros. Entre 1957 y 1972, Hernández Arregui publicó sus cinco obras mayores –*Imperialismo y cultura*, *La formación de la conciencia nacional*, *¿Qué es el ser nacional?*, *Nacionalismo y liberación*, *Peronismo y socialismo*, que contaron con sucesivas reediciones–, una serie de ensayos dedicados a la historia de la cultura y la política –principalmente- argentina, desde una perspectiva crítica que intentaba aunar el nacionalismo y el marxismo. En particular, en *Imperialismo y cultura* y en *¿Qué es el ser nacional?* presentaba a Latinoamérica como una unidad de cultura donde destacaba los aspectos artístico e idiomático, no sin aludir también a los religiosos, míticos y étnicos, como rasgos compartidos que habrían eclipsado a otros contrapuestos, cuya presencia tampoco negaba. En cualquier caso, para Hernández Arregui América Latina no se reducía a una entidad cultural, sino que también presentaba como denominadores comunes a factores sociales, políticos y económicos, entre los que se destacan la inestabilidad tanto política como económica, la gravitación del imperialismo y la necesidad de autodeterminación de sus pueblos.²⁹

¹ Néstor Kohan introduce una clasificación de la “izquierda nacionalista” en tres corrientes heteróclitas y yuxtapuestas, a saber: la “izquierda nacional”, fundada en su origen por Aurelio Narvaja (padre) y Ángel Perelman, y luego “apropiada” por Ramos; el “nacionalismo popular”, representado por Juan José Hernández Arregui; y el “nacionalismo revolucionario”, donde habrían convergido Rodolfo Puiggrós, Alicia Eguren y John William Cooke. Kohan, N. (2000), *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. (pp. 222-225). Buenos Aires: Biblos. Sin olvidar las observaciones de Silvia Sigal acerca de las discrepancias ideológicas de la “izquierda nacional”, parecería que la expresión “izquierda nacional” fue planteada tras la caída del peronismo en 1955 y que Hernández Arregui se habría atribuido la autoría. No obstante, Elena Piñeiro señala que durante la década del treinta ya existían grupos que desde la izquierda intentaban establecer la compatibilidad del socialismo con las ideas de reivindicación nacional. Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. (p. 173). Buenos Aires: Siglo XXI; y Piñeiro, E. (1997). *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión* (p. 42). Buenos Aires: A-Z editora. Sobre la izquierda nacional, se pueden consultar asimismo los trabajos de Fernando Devoto y Nora Pagano que argumentan en torno a su discontinuidad respecto del revisionismo histórico de los años treinta y que problematizan su unicidad, al igual que el de Omar Acha que plantea la necesidad de distinguir entre izquierda nacional e izquierda peronista en virtud de sus divergencias estratégicas: Devoto, F. Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina. En F. Devoto y N. Pagano (Eds.). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay* (pp. 107-131). Buenos Aires: Biblos; Devoto, F. y Pagano, N. (2009). *Historia de la historiografía argentina*. (pp. 310-319). Buenos Aires: Sudamericana; Acha, O. (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*. (pp. 203-248 y 301-338). Buenos Aires: Prometeo Libros.

² Al parecer, los números 44 y 45 (de septiembre y octubre de 1945), de *Frente Obrero* (segunda época) estuvieron escritos casi en su totalidad por Aurelio Narvaja (1912-1990). Una reproducción de esas incursiones se encuentra en Narvaja, A., Perelman, A. y Ramos, J. A. (1985). *Cuarenta años de peronismo*. (pp. 13-39). Buenos Aires: Mar Dulce.

³ Proclive al uso de seudónimos, Ramos firmó sus primeros artículos en la revista como Víctor Guerrero. En cuanto a los cambios aludidos, véanse Guerrero, V. (1945). La Burguesía Argentina y el Imperialismo frente a la Revolución de Junio. En *Octubre*. 1, 11-17; E Ídem. (1946). La Cuestión Argentina y el Imperialismo Yanqui. En *Ibidem*. 2, 3-7.

⁴ Como ha sugerido Gustavo Sorá, fue como reacción ante el avance de unas disciplinas fuertemente connotadas con el proceso de renovación universitaria que buscaba desperonizar sus espacios, que en los años sesenta “se diferenció un polo opuesto con editoriales al servicio de una ‘sociología nacional’ y de la recuperación del ensayo de cuño histórico”. Empero, la afirmación no nos exime de recordar que algunos de los autores editados por Coyoacán y/o Peña Lillo también lo fueron por la Editorial Universitaria de Buenos Aires y por el Centro Editor de América Latina. Sorá, G. (2004). Editores y editoriales de ciencias sociales: una capital específico. En F. Neiburg y M. Plotkin (Comp.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 265-292). Buenos Aires: Paidós.

⁵ Por Idoamérica se publicaron Stalin y la burocracia contrarrevolucionaria (1954), de Sylvester (como H. García Ledesma); Abraham León y el pueblo judío latinoamericano (1954), de Etkin; José Hernández y la Guerra del Paraguay (1954), de Rivera; Diego Rivera y el arte en la Revolución Mexicana (1954) e Yrigoyen y la intransigencia radical (1955), de Spilimbergo (como Lucía Tristán); Crisis y Resurrección de la Literatura Argentina (1954), de Ramos, entre otros.

⁶ Nos referimos a; Imperialismo y cultura. La política en la inteligencia argentina (1957), de Hernández Arregui; Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario (1958), y De Yrigoyen a Frondizi. Apogeo y bancarrota del radicalismo (1959), de Spilimbergo; y Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia (1957), y Perón, historia de su triunfo y de su derrota (1959), de Ramos.

⁷ Al parecer, la editorial Coyoacán publicó 38 títulos como parte de una colección popular, a saber: 1- *La cuestión judía*, por Carlos Marx; 2- *Arte y revolución en América Latina*, por Ricardo Carpani; 3- *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*, por Jorge E. Spilimbergo; 4- *La izquierda nacional en la Argentina*, por Alberto Methol Ferré; 5- *El paso de los libres*, por Arturo Jauretche; 6- *Pro y contra de Alberdi*, por Luis Alberto Murray; 7- *El imperialismo en el Río de la Plata*, por Vivian Trías; *La patria grande*, por Manuel Ugarte; 9- *Prosa de hacha y tiza*, por Arturo Jauretche; 10- *Mitre al desnudo*, por Juan Bautista Alberdi; 11- *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño*, por Helio Jaguaribe; 12- *Socialismo utópico y socialismo científico*, por Federico Engels; 13- *La revolución nacional en Marx*, por Jorge E. Spilimbergo; 14- *Las guerras civiles argentinas*, por Juan Álvarez; 15- *Uruguay: ¿Provincia o Nación?*, por Roberto Ares Pons; 15- *La revolución rusa y la burocracia soviética*, por León Trotsky; 17- *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, por Jorge Abelardo Ramos; 18- *San Martín y el origen del capitalismo argentino*, por Eduardo B. Astesano; 19- *La crisis entre Mao Tse-Tung y Kruschev*, textos oficiales y notas críticas (Dionisio Villar); 20- *Historia de la revolución española*, por Abraham

Guillén; 21- *El contubernio*, por Joaquín Coca; 22- *La formación histórica rioplatense*, por Luis Alberto de Herrera; 23- *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, por Jorge Abelardo Ramos; 24- *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*, por León Trotsky; 25- *Cómo hicimos el 17 de octubre*, por Ángel Perelman; 26- *FORJA y la década infame*, por Arturo Jauretche; 27- *Marxismo y antimarxismo*, por Carlos Kautsky; 28- *La reconstrucción de Hispanoamérica*, por Manuel Ugarte; 29- *Peronismo y socialismo nacional*, por Alberto Belloni; 30- *El poder detrás del trono*, por Sir David Kelly; 31- *Vida del Chacho*, por José Hernández; 32- *La política en el arte*, por Ricardo Carpani; 33- El proletariado y la revolución democrática, por V. I. Lenin; 34- *Imperialismo y angustia*, por Claudio de Araujo Lima; 35- *Las inversiones extranjeras en América Latina*, por Carlos Montenegro; 36 y 37 *La revolución permanente*, por León Trotsky; y 38- *Mariano Moreno y la revolución nacional*, por Norberto Galasso. También se publicaron con el sello editorial Coyoacán los siguientes trabajos: *El Partido Comunista en la Política Argentina. Su historia y su crítica*, de Ramos en 1962; *La cuestión nacional en Marx*, de Spilimbergo, y *Lenin como tipo nacional y otros ensayos* de Trotsky, ambos en 1968; y *La lucha contra la burocracia*, asimismo de Trotsky en 1969. En líneas generales fueron trabajos que presentaron un formato distinto, con un mayor número de páginas, y que formaron parte de otras colecciones.

⁸ Sobre la singularidad de Peña Lillo como editor, véanse Hernández, P. J. (1997). Peña Lillo: un editor singular. *Desmemoria. Revista de Historia*. 16, 60-68; y Peña Lillo, A. (1988). *Memorias de Papel. Los hombres y las ideas de una época*. Buenos Aires: Galerna.

⁹ Una consideración anterior de esta cuestión ha sido propuesta por Guillermina Georgieff en su trabajo sobre el problema de la nación y las izquierdas argentinas durante los años sesenta y setenta. Georgieff, G. (2008). *Nación y revolución: Itinerarios de una controversia en Argentina 1960-1970* (pp. 219-243) Buenos Aires: Prometeo Libros.

¹⁰ Al parecer, la formación política-intelectual de Jorge Abelardo Ramos (1921-1994) estuvo signada por su temprana experiencia de militancia. Siendo muy joven participó en la Solidaridad Internacional Antifascista -en apoyo de la causa republicana española-, y en las juventudes libertarias hasta convertirse en uno de los principales animadores de un grupo de estudiantes secundarios de tendencia anarquista. Frente a la derrota republicana y la consecuente crisis del anarquismo, comenzó su peregrinaje por agrupaciones de orientación trotskista. Si bien por intermedio de Adolfo Perelman, ingresó en el Grupo Obrero Revolucionario (GOR), fundado por Liborio Justo, muy pronto se escindieron y entraron en la agrupación rival, la Liga Obrera Socialista (LOS), que lideraba Antonio Gallo. Una nueva escisión fue el origen de la agrupación Vanguardia Obrera Leninista (VOL), hasta que la tentativa de unificar a los grupos trotskistas lo llevó a participar en la fundación del PORS, que publicó el periódico *Frente Obrero* (primera época). El partido finalmente se disolvió, y en noviembre de 1945 Ramos lanzó la revista *Octubre*. Como quiera que sea, entre fines de la década del cuarenta y principios de los años cincuenta, no sólo creó su propio sello editorial e incluso se vinculó transitoriamente a sectores del radicalismo intransigente, sino que viajó a Europa e incursionó como periodista en medios gráficos peronistas. Ahora bien, en 1954 se integró en el PSRN, espacio -como hemos visto- donde confluyeron antiguos socialistas y otros grupos troskistas -bajo los liderazgos de Esteban Rey y de Nahuel Moreno-. Luego del derrocamiento de Perón, Ramos se embarcó entonces en nuevas empresas periodísticas, editoriales y políticas: dirigió la revista *Izquierda*; colaboró en la revista *Política*; lanzó el semanario *Política*; publicó buena parte de su obra ensayística; y en 1962 creó el PSIN. De hecho, hasta el fin de sus días siguió incursionando en nuevas aventuras políticas y periodísticas, como lo demuestran -aunque no en forma exclusiva- la fundación del Frente de Izquierda Popular (FIP) en 1971, que apoyó en las elecciones de octubre de 1973 la fórmula presidencial "Perón-Perón", y de las revistas *Izquierda Popular* y *Patria Grande*, o inclusive su tardía afiliación al Partido Justicialista en 1994. Véanse Galasso, N. (1983). *La Izquierda Nacional y el FIP*. Buenos Aires: CEAL; Noble, C. (2006). *Abelardo Ramos: creador de la Izquierda Nacional*. Buenos Aires: Capital Intelectual; y Tarcus, H. (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquista a la "nueva izquierda" (1870-1976)* (pp. 548-550). Buenos Aires: Emecé Editores.

¹¹ Ramos, J. A. (1949). *América Latina, un país. Su historia- su economía -su revolución*. Buenos Aires: Octubre. Como es sabido, este libro le valió las críticas severas de sus antiguos compañeros de *Frente Obrero* -a su supuesto nacionalismo exacerbado-, encabezados por Rivera en las tres entregas de *Cuadernos de Indoamérica*, entre 1952 y 1955.

¹² Ramos, J. A. (1961). *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*. Buenos Aires: Coyoacán.

¹³ Ramos, J. A. (1968). *Historia de la nación latinoamericana*. (2 vols.). Buenos Aires: Peña Lillo. La última parte de ésta obra fue reproducida en *Bolivarismo y Marxismo*, editado por Peña Lillo, en 1969 así como en *El marxismo de Indias* (1973).

¹⁴ Ramos, J. A. (1973). *El marxismo de Indias*. Barcelona: Planeta.

¹⁵ Ramos, J. A. (1973). *Marxismo para latinoamericanos*. Buenos Aires: Plus Ultra.

¹⁶ Un diagnóstico similar puede hacerse acerca de la labor del contador Norberto Galasso, que militó en el PSIN liderado por Ramos hasta que sus discrepancias personales lo llevaron a alejarse del partido y no acompañar la

experiencia del FIP. No obstante, Galasso seguiría suscribiendo –y reelaborando en parte- los preceptos teóricos de la izquierda nacional, así como su imaginario histórico. De hecho, durante la década de 1970 prologó sendos trabajos sobre Manuel Ugarte y el volumen *La nación latinoamericana* (1978) de la Biblioteca Ayacucho, donde se conjugaban la denuncia de la defeción de las izquierdas tradicionales y de su desencuentro con la clase obrera en tanto representantes de un socialismo antinacional, con la emergencia de un socialismo auténtico, revolucionario, nacional y latinoamericano, cuya meta no sería solamente la liberación del yugo imperialista, sino la reconstrucción de la Patria Grande. Véase Galasso, N. (1973). *Manuel Ugarte*. (2 vols.). Buenos Aires: Eudeba.

¹⁷ Si bien Puiggrós (1906-1980) dejó inconclusos sus estudios universitarios de economía, supo aprovechar un viaje por Europa que lo llevó a conocer la Unión Soviética. Entre 1926 y 1933 -las fechas respectivas de su retorno de Europa y de su incorporación plena al Partido Comunista argentino (PCA)-, combinó el trabajo en la empresa paterna con una incipiente actividad periodística y literaria. Asimismo, ensayó sus primeras incursiones –no exentas de decepciones- en la política, a través de un primer acercamiento al PCA y de la militancia en la Federación Agraria Argentina. Ya en el marco del PCA, dictó cursos de formación teórica, colaboró en las publicaciones periódicas partidarias y formó parte de la antifascista Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Asimismo, trabajó como periodista en el influyente diario *Crítica* de Natalio Botana, donde al parecer hizo trabajo de célula. En cierta forma, se puede decir que Puiggrós, contribuyó a fundar la tradición historiográfica comunista. De hecho, a mediados de la década de 1930, el PCA había adoptado la política de “Frente Popular”, que exigía, entre otras cuestiones, la elaboración propia de una interpretación del pasado nacional. Puiggrós se avocó entonces a la tarea, no sólo a través de los libros históricos que publicó en los años cuarenta, que versaban principalmente sobre historia argentina de la primera mitad del siglo XIX –en polémica con las lecturas del llamado revisionismo histórico-, sino a cargo de la dirección de la revista *Argumentos*. Aunque se trató de una publicación no oficial del PCA -que contó con diez números editados entre noviembre de 1938 y septiembre de 1939-, habría servido de plataforma para su emergencia como historiador “oficial” del partido. Pese a que Puiggrós llegó a integrar el Comité Central del PCA, el desafío que supuso la irrupción del peronismo lo llevó a cuestionar la posición antiperonista de la conducción partidaria. Tal es así que fue expulsado del partido y se convirtió en uno de los principales animadores tanto del Movimiento Pro Congreso Extraordinario como del posterior MOC. Como hemos visto, desde las páginas de *Clase Obrera*, brindó un apoyo “crítico” al peronismo en el poder, fustigó a la dirigencia comunista local, así como cobró expresión su valoración en cierta forma positiva del papel del Ejército. Mientras que mantuvo contactos con la izquierda pro peronista a través del Instituto de Estudios Económicos y Sociales, se negó a integrar el PSRN. Luego del derrocamiento de Perón, es posible afirmar el alineamiento político de Puiggrós con el peronismo, en tanto disolvió el MOC para incorporarse a la resistencia peronista. Sin embargo, recién se afiliaría al Partido Justicialista en 1972. Como quiera que sea, en la primera mitad de la década de 1960, vivió en México, donde trabajó como periodista en *El Día* y como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). No sería la única vez: en 1974, luego de haber sido rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y ante las amenazas de la Triple A, encontró asilo en México, donde finalmente se incorporó como dirigente a la agrupación Montoneros. Acha, O. (2006). *La nación futura: Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas*. Buenos Aires: Eudeba; Acha O. (2007). Rodolfo Puiggrós. En Tarcus, H. (dir.). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquista a la “nueva izquierda” (1870-1976)* (pp. 532-534). Buenos Aires: Emecé Editores; y Myers, J. (2002). Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de *Argumentos*. *Prismas. Revista de historia intelectual*. 6, 217-230.

¹⁸ Acha, O. (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*. (p. 217). Buenos Aires: Prometeo Libros.

¹⁹ Puiggrós, R. (1965). *Integración de América Latina. Factores ideológicos y políticos*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.

²⁰ Puiggrós, R. (1969). *América Latina en transición*. (2 vols.). Buenos Aires: Juárez.

²¹ Puiggrós, R. y Gunder Frank, A. (1966). Polémica: los modos de producción en Iberoamérica. *Izquierda Nacional*. 3, 38-62. El debate entre Puiggrós y Gunder Frank tuvo su epicentro en el suplemento dominical *El Gallo Ilustrado*, del periódico *El Día*, de México. Las posiciones de ambos fueron desarrolladas en sus obras *Génesis y desarrollo del feudalismo* (1965) –publicada en Argentina como *La cruz y el feudo* (1969)- del primero y *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1967) del segundo. La polémica fue reproducida asimismo en el segundo tomo de *América Latina en transición*.

²² Ramos, J. A. (1973). Acerca del marxismo académico. *Izquierda Nacional*. 24.

²³ Laclau, E. (1973). Feudalismo y capitalismo en América Latina. *Cuadernos de Pasado y Presente*. 40, 23-46.

²⁴ Si bien su estancia docente en Tucumán durante 1966 no fue ajena a la práctica política, sí forzó, en parte, su alejamiento de la dirección de *Lucha Obrera* y que el lanzamiento de la segunda época de *Izquierda Nacional* se efectuase bajo la dirección de Jorge Enea Spilimbergo. Con todo, no faltaron motivos y ocasiones

para las desavenencias con el ramismo hasta que finalmente, en noviembre de 1968, Laclau se desvinculó del partido aduciendo como causas el sectarismo, el ideologismo, la hipertrofia de la propaganda y el alejamiento de la práctica política que le imputaba. Sobre Laclau y su relación con la izquierda nacional, se pueden consultar: Bergel, M., Canavese, M. y Tossounian, C. (2004/2005). *Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau. Políticas de la memoria*. 5, 149-158; y Galasso, N. (1983). *La Izquierda Nacional y el FIP*. Buenos Aires: CEAL.

²⁵ Eduardo Astesano (1913-1991) nació en Villa María, en la provincia de Córdoba, pero se radicó tempranamente en la provincia de Santa Fe, donde tuvo lugar su formación política e intelectual. A diferencia de Puiggrós sus estudios universitarios en la Universidad del Litoral no sólo le permitieron obtener el título de abogado, sino entrar en contacto con el marxismo, en un contexto no por ello menos liberal, y realizar sus primeras incursiones políticas en el movimiento estudiantil. De hecho, fundó y dirigió el periódico –curiosamente llamado- *1810*, que fue el órgano del Centro de Estudiantes de Derecho. Aquella incipiente actividad periodística se vio enriquecida con la dirección por más de una década de la *Revista de la Federación Gremial de Comercio e Industria de Rosario*. Con respecto a su adhesión al comunismo, se habría afiliado al PC luego del golpe de Estado de 1930, pero es presumible que su militancia, al igual que la de Puiggrós, tampoco haya estado exenta de tribulaciones. También es probable que Astesano haya entrado en contacto con Puiggrós mientras éste último residió en Rosario. De hecho, la revista *Argumentos* lo tuvo entre sus colaboradores, en lo que fue la primera empresa –pero no la última- que contó con el concurso de ambos ya que también acompañó a Puiggrós en la disidencia comunista y en la redacción de *Clase Obrera*. Sin embargo, tras el golpe de 1955 Astesano profundizó su giro nacionalista y peronista. En efecto, fue el director de una singular revista *Columnas del Nacionalismo Marxista*, de la cual se publicaron tres números, entre julio y septiembre de 1957, con la colaboración de Fermín Chávez, Elías Castelnuovo, Juan Pablo Oliver y Juan M. Vigo, entre otros, en lo que pudo haber funcionado como un espacio de convergencia entre antiguos revisionistas e intelectuales de izquierda. Como quiera que sea, ingresó asimismo al Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”. Es más, propuso un revisionismo histórico “justicialista” y uno “universal”. Arcomano, D. (2001). Reportaje a Eduardo Astesano. El camino de un nacional. *Columnas del nacionalismo marxista* (edición facsimilar). Buenos Aires: El Calafate; y Tarcus, H. (dir.). (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquista a la “nueva izquierda” (1870-1976)* (pp.30-31). Buenos Aires: Emecé Editores.

²⁶ Astesano, E. B. (1972). *Nacionalismo histórico o materialismo histórico*. Buenos Aires: Pleamar.

²⁷ Astesano, E. B. (1973). *Historia socialista de América*. Buenos Aires: Pleamar. Curiosamente, en una reedición de 1982 Astesano no sólo modificó el título por *Historia social de América*, sino que incluyó un prólogo donde suscribía la idea de la nación sudamericana.

²⁸ A comienzos de los años treinta, Juan José Hernández Arregui (1912-1974) inició tanto su militancia en el radicalismo yrigoyenista como sus estudios de derecho en la UBA, que finalmente abandonó, trasladándose por cuestiones familiares a la provincia de Córdoba. En Villa María, supo combinar una formación autodidacta y un empleo en la biblioteca pública, con una incipiente actividad periodística y una efímera labor literaria. Hacia 1938, se trasladó a la ciudad de Córdoba, donde retomó sus estudios universitarios, ya no en derecho sino en filosofía, hasta alcanzar el título de doctor. Mientras trabajaba en el Boletín Oficial provincial, inició sus actividades en la docencia y continuó con la labor periodística, principalmente en órganos partidarios de la corriente “sabattinista”. En cierta forma, se puede decir que tanto su formación política como intelectual y profesional tuvo lugar en los años finales del período de entreguerras y en el marco de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial, abrazando las causas republicana y neutralista en las contiendas respectivas. Mientras en el ámbito universitario conoció el magisterio del marxista italiano Rodolfo Mondolfo, sus ámbitos de sociabilidad lo llevaron a interiorizarse en el trotskismo a través de la amistad con Esteban Rey y Alfredo Terzaga. Tampoco fue ajeno al influjo ideológico de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) y en particular a la gravitación de Raúl Scalabrini Ortiz y de Arturo Jauretche, con quienes mantuvo una amistad perenne. Ahora bien, ni la influencia de los forjistas, ni en menor medida la de los trotskistas, lo llevaron a abandonar su adhesión al radicalismo cordobés –aunque sí a entrever sus limitaciones-, que sólo transmutó con el peronismo. Si bien en los años cuarenta se habría opuesto a los ensayos de “Unión Democrática”, no fue hasta principios de 1947 que finalmente declinó su afiliación radical y se trasladó a Buenos Aires. En esta ocasión fue a pedido de Jauretche –que entonces era presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires-, y para desempeñarse como funcionario público –en la Cartera de Hacienda- del gobierno de Domingo Mercante en la provincia de Buenos Aires. Al poco tiempo también accedió a la docencia universitaria y secundaria, así como a la crítica literaria en Radio del Estado. Sin embargo, por sus desavenencias con algunos sectores de la burocracia peronista, a comienzos de la década del cincuenta decidió renunciar a la gestión pública y refugiarse en la docencia. Ahora bien, su situación empeoró luego del derrocamiento del peronismo, cuando la autodenominada “revolución libertadora” lo dejó sin sus cargos docentes y fue detenido en varias ocasiones. Entonces apoyó ciertas iniciativas de resistencia política-ideológica, como la de Jauretche

que publicaba el periódico *El 45*, y retomó el contacto con Rey que dirigía *Lucha Obrera*. Con todo, se abrió un período estimulante para sus obras de mayor aliento, convirtiéndose en un referente intelectual para los abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, así como para los artistas como Ricardo Carpani –del Grupo Espartaco–, entre tantos otros. Por otra parte, ante la retirada de Pedro Eugenio Aramburu y el triunfo en elecciones con proscripción del radical intransigente Arturo Frondizi, Hernández Arregui volvió a la crítica periodística, sobre todo en la revista *Qué sucedió en siete días*, y luego en *Santo y seña*. Entre tanto, nuestro autor mantuvo correspondencia con Juan Domingo Perón, que suscribió sus libros como aportes a la doctrina peronista. A comienzos de los años setenta y a medida que aumentó su exposición pública, ni siquiera sus reservas frente a la lucha armada lo libraron de sufrir un atentado en su casa. Con todo, en noviembre de 1972 formó parte de la comitiva que acompañó a Perón en su temporal retorno. A partir de entonces, prácticamente se convirtió en un espectador de la transición política y de las presidencias peronistas, en la medida que no fue convocado a participar en el gobierno. No obstante, fue distinguido como profesor emérito de la UBA por el entonces rector, Rodolfo Puiggrós, y lanzó la revista *Peronismo y socialismo*. Sin embargo, Perón había tomado partido por la ortodoxia y luego de su muerte los enfrentamientos al interior del peronismo ganaron la escena. Al parecer, Hernández Arregui no fue ajeno al desconcierto que ese posicionamiento generó en los sectores juveniles y de izquierda del movimiento, y decidió publicar nuevamente la revista, pero con un nuevo nombre: *Peronismo y liberación*. Como sugiere Carlos Piñeiro Iñíguez, a pesar de este intento tardío por ser aceptado como peronista, se convirtió en uno de los blancos de la Triple A. Finalmente, a pedido de su familia, en 1974 se trasladó a Mar del Plata, donde al poco tiempo falleció. Galasso, N. (1986). *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional; Piñeiro Iñíguez, C. (2007). *Hernández Arregui, intelectual peronista: pensar el nacionalismo popular desde el marxismo*, Buenos Aires: Siglo XX; y Tarcus, H. (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)* (pp. 305-307), Buenos Aires: Emecé Editores.

²⁹ Hernández Arregui, J. J. (1957). *Imperialismo y cultura (la política en la inteligencia argentina)*. Buenos Aires: Amerindia; e Ídem. (1963). *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica hispanoamericana)*. Buenos Aires: Hachea.